

► NUESTRAS MEMORIAS Y OTRAS HISTORIAS ◀

ATEMORIZADO Y MOLESTO. Aunque el nuevo virrey don Diego Hurtado de Mendoza, con los cincuenta bien cumplidos, no era ningún principiante en

asuntos bélicos y de gobierno y su propio título nobiliario -Conde de Mérito-, era la consecuencia de su actividad militar junto al *Gran Capitán* en Nápoles, lo

que vio al llegar a tierras valencianas en 1520, con las Germanías en ebullición, desbordó la más pesimista de sus expectativas y decidió apartarse del problema.

El virrey que no quería ser molestado

JOSE LUIS TORMO

Era evidente que el cargo de virrey, dadas las circunstancias, le venía demasiado grande a don Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mérito. El movimiento revolucionario popular de las Germanías ya hervía cuando a finales de mayo de 1520 había tomado posesión de su nuevo destino como máxima autoridad del Reino de Valencia según nombramiento directo del emperador Carlos V.

Los «agermanados» extendían sus tentáculos e influencias por todos los pueblos e iban haciéndose con el gobierno municipal de las ciudades. Los nobles y aristócratas terratenientes exhibían su pánico y exigían acciones contundentes contra aquellos resueltos artesanos que, en la capital, no tardaron en manifestar su hostilidad al nuevo virrey. Sólo habían transcurrido dos semanas desde su llegada cuando don Diego vio su residencia rodeada por centenares de hombres, legalmente armados, congregados allí con la peor de las intenciones. Se había extendido por toda la ciudad un falso rumor, alimentado por la propia presunta víctima, que pregonaba el asesinato de Guillem Castellvi, alias «Sorolla», uno de los principales líderes, quizá el más oscuro, del movimiento agermanado.

La escueta guardia resultó insuficiente para dominar la situación y don Diego no tuvo otro remedio que salir disfrazado de Valencia a la búsqueda de refugio en el palacio de Cocentaina cuyos propietarios, los condes, eran familiares suyos. Era el 6 de junio de 1520. Así de airosa fue su primera toma de contacto con la realidad valenciana del momento y así se iniciaba para el virrey don Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mérito, un curioso exilio que se prolongó durante casi un año y medio en forma de periplo a través del territorio cuya máxima autoridad ostentaba.

En Cocentaina permaneció algo más de una semana. Desafortunadamente, el riguroso incógnito que perseguía se vio truncado por la presencia de una embajada de aterrorizados nobles setabenses que acudieron a pedirle que las fuerzas reales actuaran en Xàtiva. Casi a la vez supo que, desde Valencia, un grupo de enviados agermanados iba a presentarse también para parlamentar. El virrey, bien a su pesar, aceptó el papel de mediador y se trasladó a Xàtiva. Pero no hubo ni mediación ni arbitraje. Unos y otros recibieron sendas negativas a sus aspiraciones y don Diego, dejando encendido el fuego del conflicto, salió en dirección a Denia a la búsqueda de ambientes más pacíficos.

Entretanto, la virulencia de los choques y el poder de las Germanías iban incrementándose de forma paralela. En tales circunstancias los nobles y terratenientes, viéndose desprotegidos, decidieron actuar por sí mismos y buscaron apoyos en los territorios vecinos. Llegado el verano de 1521 la situación en el sur del



Diego Hurtado de Mendoza, Conde de Mérito.

Reino era insoportable. Si Elche, cuyo gobernador había sido despojado de su autoridad, era ya un agresivo bastión agermanado, hacía varios meses que en la poderosa Orihuela se habían desatado las escaramuzas. La numerosa nobleza local, que tanto había cuidado un siglo atrás el rey don Alfonso «el Magnánimo» para preservar su valencianidad de tentaciones fronterizas, se resentía de su desprotección y deplorando la incomprensible postura del virrey, buscaba ayuda en las abundantes fuerzas de don Pedro Fajardo y Chacón, primer Marqués de Los Vélez, que se enfrentaban en Murcia a los comuneros castellanos. Mientras tanto, y a la espera de que don Diego de Hurtado tuviera el detalle de acercarse al escenario del problema, optaron todos por aceptar la pro-

tección que don Ramón de Rocafull, señor de Albaterra, les ofrecía tras los muros de su fortificada población.

La conducta timorata del virrey confundía y desesperaba a los nobles que, concentrados y a salvo -de momento en Albaterra, organizaron una Junta con el fin de solicitar audiencia directa al emperador Carlos V. La iniciativa acabó espoleando al conde de Mérito que, por fin, aceptó abandonar Denia para presentarse en Gandía a mediados de julio de 1521. Allí supo de la ayuda pedida al aguerrido Marqués de los Vélez y conoció las tropas que estaba dispuesto a aportar el propio don Ramón de Rocafull. Encantando ante la idea, el virrey adjudicó mil hombres a la Junta de Albaterra que, unidos a los 500 de los que ya se disponía, además del contingente

que pudiera acompañar al de los Vélez, supuso que serían tropas suficientes para reconquistar toda la gobernación de Orihuela y abandonó la reunión para regresar a Denia, no sin antes perder contra los agermanados, -merced a su actitud pusilánime-, la batalla que le sorprendió el 24 de julio a las mismísimas puertas de Gandía.

Después de tan clara derrota y conociendo la proximidad de durísimos combates, Denia quedaba demasiado cerca de los hechos y embarcándose a principios de agosto don Diego se trasladó a Peñíscola. No se equivocó el medroso aristócrata. Pocos días después la sangre corrió abundantemente por gran cantidad de pueblos y ciudades de las comarcas septentrionales de Alicante y gran cantidad de agermanados se dedicaron al asesinato masivo de moros, considerados cómplices de los señores y de los abundantes piratas norteafricanos que frecuentaban las costas valencianas. Siendo crueles esas escenas -en Polop fueron degollados seiscientos moros en un solo día-, en las operaciones bélicas para recuperar Orihuela se alcanzaron situaciones de extrema crueldad. Las tropas de las Germanías, seis mil efectivos al mando de Pedro Palomares, se concentraron en el Rincón de Bonanza, cerca de Orihuela, en los últimos días de agosto a la espera del formidable ejército del Marqués de los Vélez que, finalmente, había atendido la petición de ayuda. La batalla tuvo lugar el 29 de agosto y acabó en indiscutible victoria para el bando del Marqués cuyos hombres penetraron en la ciudad de Orihuela donde, tras ahorcar a Palomares, llevaron a cabo un sanginario saqueo que se prolongó durante más de un mes.

El virrey Conde de Mérito conoció en Peñíscola la fulminante derrota de los agermanados en Orihuela y Elche, que vino a coincidir con otras en distintos puntos del Reino y con una situación mucho más tranquilizadora en Valencia a cuyos alrededores iban llegando refuerzos desde Castilla. Puestas así las cosas, don Diego decidió regresar a la capital del Reino a principios de octubre. Pero poco a poco, prudentemente, De Peñíscola se dirigió a Nules y de allí a Sagunto para, deteniéndose en Moncada, entrar finalmente en Valencia. Para semejante ruta, el virrey invirtió casi un mes, demora imperdonable ya que, desde el 22 de septiembre anterior, quien se encontraba bregando en Valencia era nada menos que el mismísimo infante don Enrique de Aragón que, en su ausencia, trataba de ayudar a reconducir la situación.

Don Diego Hurtado de Mendoza no ha pasado a los anales por su ímpetu y arrojo, precisamente. Cuando un año más tarde, concluidas las luchas, fue apartado del cargo la única explicación que se exhibió fue la de una cierta «connivencia con las Germanías...».

PERSONAJES CON NOMBRE DE CALLE

General Bonanza

J.L.T.

Podrá sonar a miembro desconocido de la familia Cartwright, a jefe militar pacifista, a imaginario piloto intergaláctico o incluso a optimista pronóstico meteorológico pero lo de don José Pascual de Bonanza, cuya vocación castrense venía de lejos, fue mucho más serio que todo eso. No en vano su bisabuelo, del mismo nombre, ya había sido un acreditadísimo marino de ilustre familia valenciana con una extensa hoja de servicios a la patria a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII. Nuestro general, típico ejemplo del militar español entregado a la causa perdida de las colonias ultramarinas, nació en Alicante en 1834. Con 22 años, siendo alférez de Caballería, fue destinado a Cuba para combatir a los independentistas y de ahí a Santo Domingo de donde, reprimidos gloriosamente algunos movimientos de los insurrectos dominicanos, regresó de nuevo a Cuba para, con el empleo de capitán y pletórico de moral, acabar siendo llamado por sus superiores a nuevas hazañas en el añorado solar patrio.

Luchó contra los cántonalistas donde más irreductibles fueron, en Cartagena, combatió a los carlistas allá donde estuvieran, se metió en política y volvió a Cuba para ser gobernador civil, todo ello mientras iba ascendiendo tan rápidamente en el escalafón militar que en 1877, con cuarenta y tres años, alcanzaba el grado de general de división con cuyos galones fue elegido diputado a las Cortes en plena Restauración monárquica. Insigne general del arma de Caballería pasó el resto de su corta existencia a caballo entre España y América, como jefe militar en Castilla, Aragón, Valencia y Puerto Rico. Y si su ilustre ancestro se comportó como lo que era (un héroe) en el sitio de Melilla de 1774, nuestro dilecto prócer alicantino fue comandante general de Ceuta en 1883 durante unos pocos meses. Los suficientes como para identificar y dejar por escrito el pie del que cojeaba la plaza norteafricana.

Cumplido su deber, murió en Madrid en 1892 a la impropiciada edad de 58 años demostrando con este último servicio, el escaso fundamento que acompaña a quienes se quejan de no tener tiempo para nada. Aprendamos todos.

1519406151